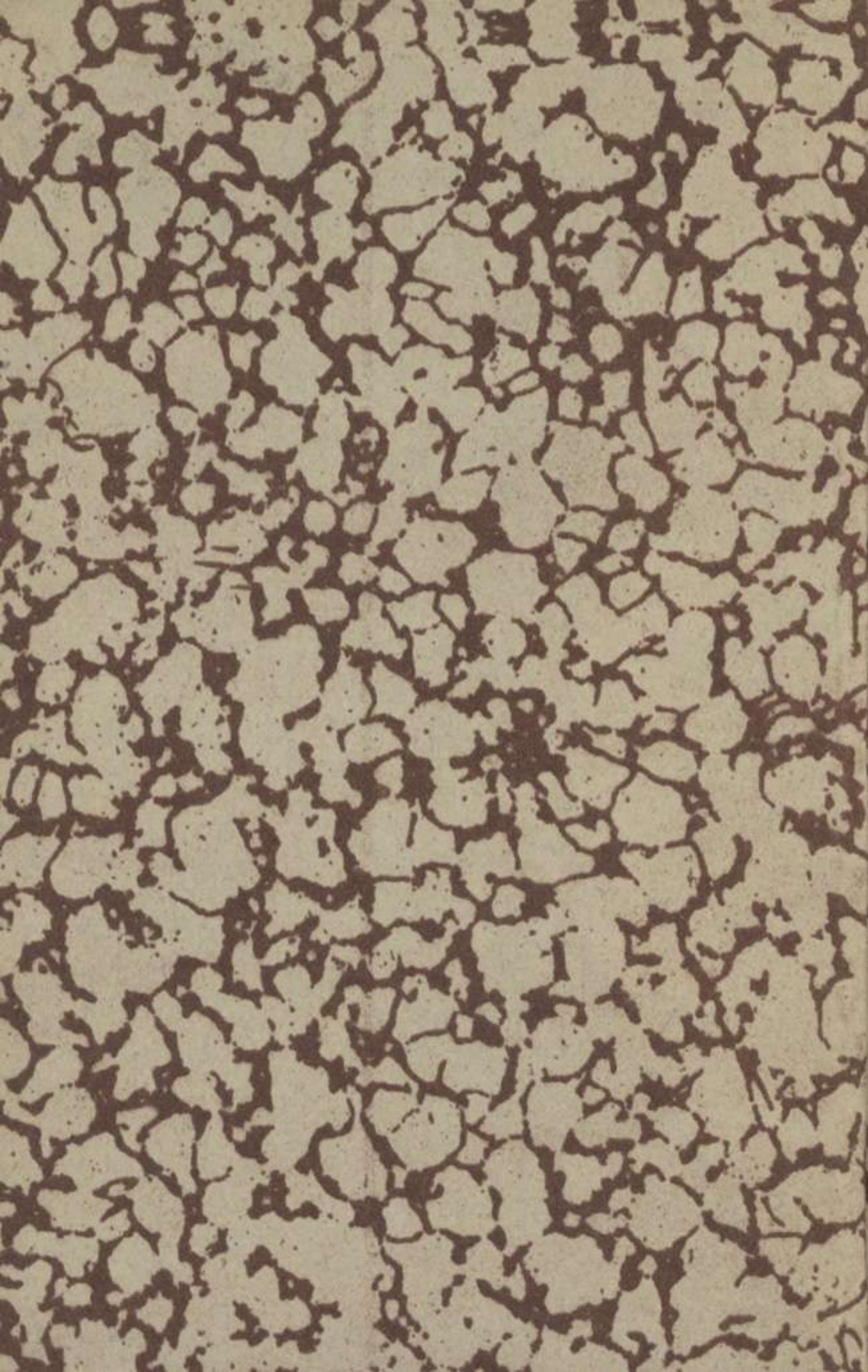
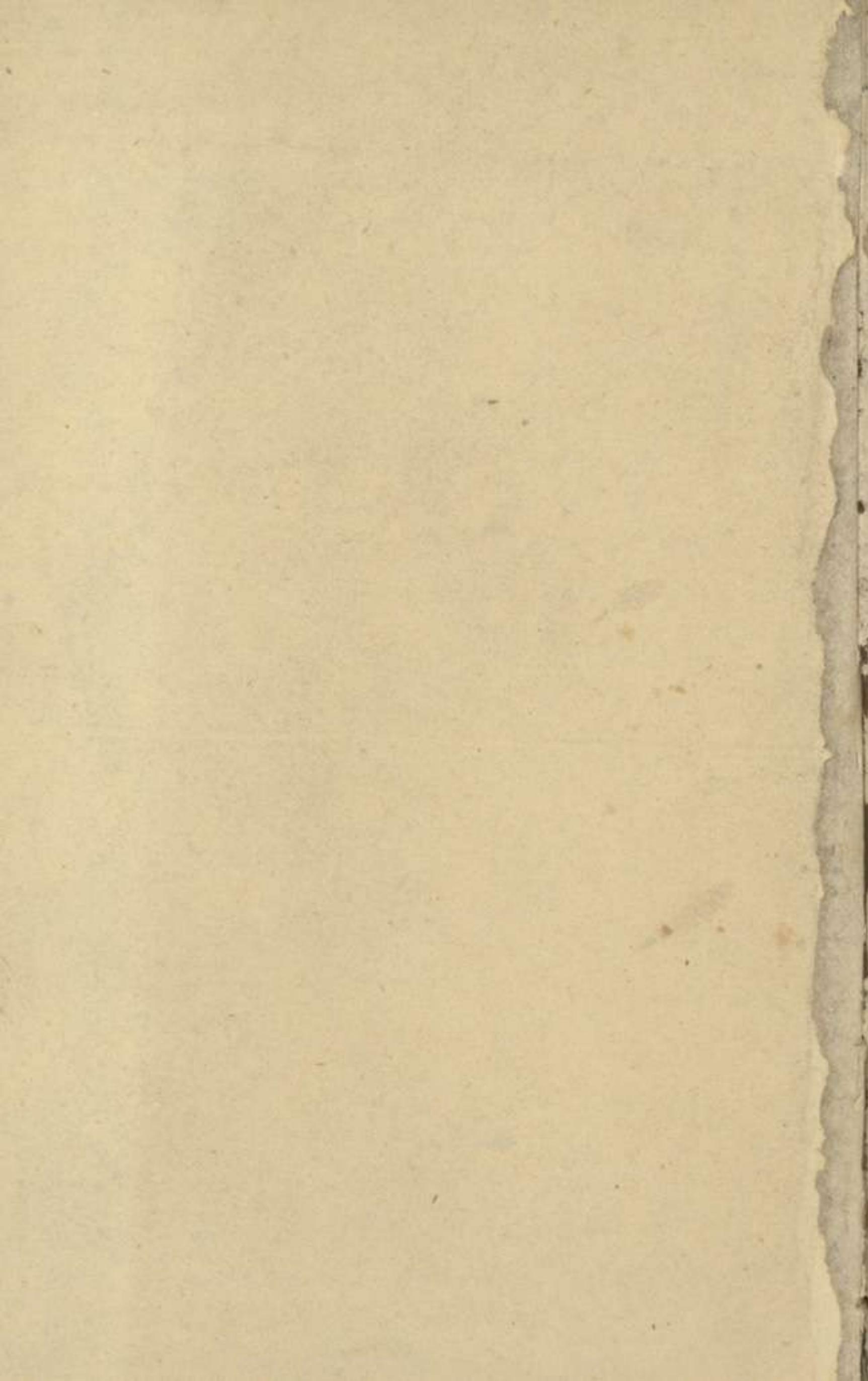


1A







N-500009380

ZRV.  
3375

# **NOSTALGIA**

POB

**Don Antonio de Trueba.**

---

**BILBAO:**

Imprenta del EUSCALDUNA.

—  
1862.

LIBRARY

105

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

1911

LIBRARY OF THE UNIVERSITY OF CHICAGO

1911

---

## NOSTALGIA.

### I.

Las páginas que vamos á escribir no constituirán una novela ni de tal tendrán pretensiones. Tendránlas sí de un cuadro de costumbres fielmente copiado del natural, mérito que nadie podrá negarles, ya que no pueda concedérseles otro. Si las calificásemos de novela, diríase con sobrada razon, que hacemos novelas sin piés ni cabeza.

Como sabemos muy bien que de cada cien lectores los noventa buscan asuntos graves, mirando con soberano desden los asuntos triviales, debemos advertir, para que nadie malgaste el tiempo, que

estas páginas no estan acordes con el gusto dominante en la *grave* sociedad actual.

Los que pertenezcan, pues, á la *inmensa* mayoría de la sociedad actual, no pierdan tiempo en leernos, porque al fin y al cabo nos han de abandonar con cara de vinagre. Y verdaderamente tendran razon para ello: el héroe de nuestra narracion es un pobre niño que se muere de tristeza lejos de su patria y su familia, y..... ¡bah! ¡quién hace caso de niños!

Los niños son hombres *pequeños* y *débiles*, y en el siglo XIX los que merecen historias y epopeyas son los hombres *grandes*, y el interesarse por los *débiles* estaria muy en su lugar allá en tiempo de la andante caballeria, cuando un hombre con mas barbas que su padre y mas muertes de moro sobre su concien-

cia que Ruy-Diaz de Vivar, vertia la lágrima tan gorda y no se hartaba de dar tajos y lanzadas por una dueña dolorida.

Es verdad que Cristo era amigo de los niños; pero ¿què tienen de comun con Cristo los hombres del siglo XIX? Cristo era el hombre del Evangelio, y la *inmensa* mayoría de nuestros lectores son los hombres de Fourier y de Proudhon. ¡El Evangelio! ¡Un libro en que se dice que todos los hombres son hermanos! ¡Un libro en que se manda dar al César lo que es del César! ¡Un libro en que se ensalza á los pobres de espíritu y á los ricos de corazón! ¡Un libro en que se insulta á la lógica y al sentido comun llamando bienaventurados á los que lloran y á los que creen! ¡Bah! es cosa convenida que el hombre del Evangelio no sabia lo que se pescaba. ¡Como que por meterse á redentor le crucifcaron!

Pero volvamos á nuestro cálculo. Si de cada cien lectores los noventa buscan asuntos *graves*, diez debe haber que no desdeñen los asuntos *triviales*, y para esos diez escribimos estas páginas. Esos diez no encontrarán en ellas *piés ni cabeza*, pero tal vez encontrarán *corazon*. Esos diez serán los que no conocen á Proudhon ni á Fourier, y si solo el Evangelio; esos diez serán los pobres de espíritu y los ricos de corazon, únicos á quienes puede interesar un pobre niño que se muere de tristeza lejos de su patria y su familia; únicos que pueden recorrer, sin poner cara de vinagre, unas páginas en que se trata de un niño que llora, que tiene frio, que tiene hambre, que tiene sueño, que lleva uno que otro torniscon como ha todos nos ha sucedido cuando niños.

¡Pero vamos á nuestro cuento, que en

verdad tiene mucho de historia!

## II.

Nuestro cuento empieza el 10 de noviembre de 1836.

Hacia en Madrid un frío cruelísimo: el día anterior había nevado, y antes que la nieve se derritiera en las calles, había sobrevenido una escarcha muy fuerte, lo que, unido á un cierzo sutil y glacial que soplaba de la parte de Guadarrama, daba á la temperatura de nuestra insigne villa el carácter de la temperatura de una población de Siberia.

D. Juan de Quijano, rico banquero que habitaba en la calle de Toledo, estaba en su despacho situado en el piso bajo de la casa, con su sobrino D. Lucas, y en una pieza inmediata trabajaban en silencio colocados en sendos bu-

fetes dos dependientes dedicados á la contabilidad y la correspondencia. El despacho del banquero tenia una ventanilla con vidriera que daba á la oficina general, y por donde tío y sobrino miraban con frecuencia, cuidando que los dependientes atendiesen cada cual á su negocio, frase de que se valia D. Lucas para reconvenirlos cada vez que los oia hablar de cosas extrañas á los asuntos comerciales de la casa.

D. Juan era un hombre como de cincuenta años, colorado, robusto, de nariz prolongada y de pulcra y disimulada peluca, tan disimulada que sus dependientes no hubieran notado que la gastaba á no ser por las bachillerias de su mujer Doña Juana que en sus frecuentes reyertas se lo echaba en cara llamándole *tío peluca*.

D. Lucas tendria de veintiocho á

treinta años: su estatura era poco mas que la de un perro sentado, y nada habia en su cara ni en sus palabras que revelase genio ni bondad de corazon. Sin embargo, su tio toleraba sus defectos y hasta le queria, porque hacia muchos años que estaba en la casa, y podia decirse que era quien llevaba el peso de esta.

—Tio, dijo D. Lucas á D. Juan alzando la vista á un reloj colgado en la pared, frente al bufete del banquero, no se descuide Vd. si ha de ir á la Bolsa que van á dar las dos.

—Me parece que lo dejaré por hoy, contestó D. Juan. ¿Quien ha de salir de casa con un dia tan cruel? Anda, que en muriendome yo, campana por gaita. Además no tardará en llegar el chico y tengo ganas de verle. Me dice mi hermano Martin que el dia 1.º salió de allá

en la galera de Chomin, y segun mi cuenta debe llegar hoy. Mejor seria mandar á Rosendo á la posada.

—Ande V., tio, que él vendrá si es de ley.

—El pobre debe venir aterido.

—No se apure Vd., que no es digno de compasion el que viene á comer buen pan y buena carne en Madrid, en vez de comer buen maiz y buenas patatas en su pueblo.

—Sin embargo, estoy seguro de que querria mas encontrar hoy al bajar de la galera la cocina de sus padres con su escaño y su excelente fuego rodeado de manzanas puestas á asar, que no esta habitacion con sus lujosos muebles y su chimenea francesa.

—¿Con que le parece á V. que le dediquemos á recados y á la compra?

—No creo que sus padres le envien á

Madrid para que desempeñe tan humilde destino. Hay que colocarle en el escritorio para que se vaya instruyendo poco á poco.

—¡Poco á poco! Verá V. como le hago yo saber mas que Merlin antes de un mes. La letra con sangre entra, tío.

—No soy de tu parecer, Lucas. Cuidado con que le toques al pelo de la ropa; no suceda con él lo que con otros, que á fuerza de maltratarlos los entonteciste y hubo que hacerlos volver al país.

Iba D. Lucas á tomar la defensa de su bárbaro sistema de educacion, cuando sonó la campanilla del recibimiento, y tío y sobrino callaron, aplicando el oído hácia aquel sitio.

—¡Ahí está! exclamaron ambos á la par al oír en el recibimiento la voz del que habia llamado que saludaba al cria-

do que habia salido á abrir.

—Señor, dijo este con cierta sonrisa, presentándose en la puerta del despacho, ahí está Chomin con el *rocin-venido*.

D. Juan frunció el entrecejo como descontento de que el criado se hubiese permitido usar el necio equivoquillo que hemos puesto en bastardilla, al paso que D. Lucas soltó una ruidosa carcajada, celebrando la gracia de Rosendo, que era un asturiano tonto con pretensiones de *pillo*.

—Que pase, contestó D. Juan.

Y en efecto, Chomin, que era uno de los ordinarios de las provincias Vascongadas, apareció en el despacho acompañado de un niño de doce á trece años.

### III.

No se habia equivocado D. Juan al

suponer que aquella pobre criatura llegaba muerta de frio.

Angel, que así se llamaba el nuevo dependiente de los señores Quijano y sobrino, estaba tiritando de frio: sus manos y su cara estaban amoratadas y sus ojos indicaban que la noche anterior mas bien que cerrarse al sueño se habian abierto al llanto. El pobre niño se quedó á la puerta del despacho con la gorrita en la mano, inclinada la cabeza como cortado, y con dificultad pudo articular un torpe saludo.

—Con que aquí tener VV. mutil, dijo Chomin, despues de los saludos de ordenanza. Desde que pasar puertos no parar de llorar. Acordarse mutil de sus cabras y sus vacas de Viccaya y yo decirle que en despabilando unos cuantas panecillos de Madrid que son muy blancas no volverse á acordar del artoa

de su tierra.

D. Lucas se acercó á Angel y le dijo pasandole la mano por la cabeza:

—Vamos, hombre, ¿con que qué tal te parece Madrid? ¿Te gusta mas que tu pueblo?

—No señor, contestó el niño con los ojos arrasados de lágrimas.

—¡Bien, hombre, bien! exclamó Don Juan echandose á reir y haciendo una mera caricia al niño. Así deben ser los hombres: la mejor tierra es aquella en que uno ha nacido.

—Si, si, riase V., tio, dijo D. Lucas haciendo un gesto de enojo; riase V. de la sandez de ese bruto. ¡Vaya, que el muchacho prometel! ¡Como hay Dios, tenemos buena mano para echar pollos!

—Andar V., señor D. Lucas, dijo el ordinario, que mutil despabilar con unos cuantos zurriagazos al dia.

—Sí, así le iremos desasnando, contestó D. Lucas.

—Hombres, no sean VV. majaderos, replicó D. Juan. Qué ha de hacer el niño sino acordarse de sus padres si nunca se ha separado de ellos. Con que vamos, añadió dirigiéndose á Ángel, ¿traes gana de comer?

—No señor, contestó el niño desahuciándose en lágrimas.

—Vamos, no llores, le dijo D. Juan; acércate á la chimenea y caliéntate hasta que sea hora de comer, que luego tomarás posesion de tu destino y verás como antes de un año te haces un verdadero comerciante.

El niño se acercó á la chimenea con la gorra en la mano; pero como las lágrimas le cegaban, tropezó con una silla y cayó al suelo derribando unos papeles que estaban sobre aquella.

—¡Torpe! ¿no ves? exclamó D. Lucas cogiéndole del brazo y levantándole con violencia.

Una reaccion inesperada se verificó en aquel instante en el ánimo del niño. El que un momento antes apenas se atrevia á alzar la vista ni articular una palabra, alzó la frente con altivez y dijo á D. Lucas con desembarazo.

—Puede V. echarme de su casa, pero no maltratarme. Aquí me ultrajan y en mi pueblo me lloran. ¿Como quiere V. que me guste mas esta tierra que la mia?

Y añadió dirigiéndose al ordinario:

—Me vuelvo con V. á Vizcaya.

Estas palabras, lejos de conmovér á D. Lucas y al ordinario, hicieron reír á este y encolerizarse á aquel, que murmuró alzando el puño sobre la cabeza del niño:

—¡Si fuera hijo mio, le rompía la crisma!

Pero D. Juan salió á la defensa del niño, separando con violencia á su sobrino y exclamando:

—¡Lucas! he dicho que no tienes que tocar al niño, y quiero que se me obedezca. Si es torpe, si es encogido, si está cortado, recuerda lo que eras y cómo estabas cuando viniste á Madrid. Y V., señor carretero, debe saber que no se trata á los racionales como á las mulas.

—Andar V., señor D. Juan, yo decir por broma, contestó el ordinario con tono meloso.. Decir mutil como tratarte yo en el camino.

—Cargándome de pañuelos de contrabando para que me hubieran llevado á la cárcel si me hubiesen registrado en la puerta, le interrumpió Angel.

—¡Buen modo de cuidar de la inocente criatura que se le habia confiado! exclamó D. Juan mirando con indignacion al ordinario. Quitese V. de mi presencia, porque estoy tentado de dar parte á la autoridad para que reciba V. el merecido castigo.

—Pero señor D. Juan, ¿V. hacer caso del mutil? Si.....

—He dicho á V. que se quite de mi presencia.

—Estar bien, señor D. Juan. Yo sentir mucho incomodar á V.; pero....

—No hay pero que valga. He dicho que está V. aquí demás.

El carretero no se atrevió á replicar y desapareció murmurando:

—Rayo bat, ¡milla demonio bat!....

—D. Juan acercó una silla á la chimenea y se sentó al lado de Angel, que habia cesado de llorar algo mas conso-

lado ya, viendo que no todos le trataban con dureza en aquella casa, que habia quien sacase la cara por él y le proporcionase consuelos algo parecidos á los que desde que abandonó el seno de su familia echaba de menos.

D. Lucas, amostazado porque su tío se interesaba por el recién venido y habia reprendido su falta de humanidad, se habia retirado al escritorio y por consiguiente quedaron solos Angel y Don Juan.

Era este natural del pueblo del niño, y aunque habia venido á la corte de tierna edad, y por lo comun absorbian todos sus pensamientos y acciones los asuntos comerciales, no por eso habia renegado del pais nativo ni olvidado á sus parientes.

—Vamos, Angel, dijo al niño con cariñoso acento, dándole con la palma de

la mano en el hombro; hablemos un rato de nuestro pueblo, porque tu traerás muchas y grandes noticias de aquella gente. ¿De quién te despediste al partir?

—De todos los parientes y los vecinos.

—¡Hola, hola! Entónces verías á mi hermano, ¿no es verdad?

—Sí señor. Me dió muchas memorias para V., para doña Juana y para D. Lucas.....; pero á D. Lucas no quiero dárselas.

—¿Por qué, hijo?

—Porque me riñe.

—¡Eh! no hagas caso de eso, hombre. ¿Con que te dieron memorias?

—Sí señor, y particularmente el señor cura.

—Estará muy viejo el cura ¿no es verdad?

—No señor, si le viera ¡V. andar de

caza por aquellos cerros, diria que no tiene cuarenta años. Como no hay en el pueblo quien no reze todos los dias porque Dios le dé salud, no tiene un dolor de cabeza.

—¿Con que tanto le quieren?

—No le han de querer, ¡si es un santo! Yo no le podré olvidar nunca porque era mi maestro.

—¿Tu maestro? ¿De qué?

—De leer, de escribir, de contar, de latin, de matemáticas.....

—¡Muchacho, muchacho! ¿Con que todo eso has estudiado?

—Sí señor, gracias á su hermano de V. que es un sabio.

D. Juan continuó haciendo al niño infinitas preguntas que demostraban el cariño que conservaba al pais nativo, y á las que Angel contestaba con un despejo y un desembarazo que encantaron

al banquero y que formaban nota de contraste con la cortedad y la torpeza que el pobre niño había mostrado pocos momentos antes. Cuando mas embebido se hallaba en aquella conversacion, se presentó á la puerta del despacho el criado que poco antes llamaba *rocin venido* al niño y le dijo.

—Señor, dice la señora que está *la mesa en la sopa*.

El banquero se echó á reir oyendo esta inversion de palabras y se encaminó al piso principal.

#### IV.

No estaba la mesa en la sopa, pero si la sopa en la mesa, y Doña Juana, la esposa de Quijano, esperaba á este con impaciencia, no porque su estómago estuviese necesitado, sino porque su ea-

rácter irascible y dominante no podía sufrir que se la hiciese esperar.

Doña Juana, que habia entrado de criada y salido por ama en casa de D. Juan Quijano, tenia el cronómetro atrasado, pues aseguraba tener treinta años y su cara y su partida de bautismo la daban cuarenta. Poco diremos de su físico: diremos únicamente que las criadas que despedia cada semana, la saludaban al bajar por última vez la escalera con los epitetos de *dientes de caballo*, de *escuerzo* y de *ojos de gato*. En lo moral era Doña Juana la personificación de la antítesis: en ella alternaban la vanidad y la modestia, la avaricia y la largueza, la crueldad y la compasión, la elegancia y la charrería. Hoy se la veía hacer alarde en una tertulia, compuesta de personas distinguidas, de no haber roto hasta la edad de catorce

años mas calzado que el natural, y mañana despedia á una criada porque la pobre muchacha habia dicho sencillamente al cartero que la leyese una carta de su novio, *pues su señora no sabia leer*: ahora despedia á un pobre con la abominable blasfemia: «Vaya V. á San Bernardino,» que en boca de los que pueden y no quieren sustituye á la piadosa súplica de «perdone V., hermano,» que usan los que quieren y no pueden, y sabiendo luego que el albañil de la boardilla estaba enfermo y necesitado le enviaba un abundante socorro: por la mañana daba una tortilla al perro porque habia mordido al gato, y por la tarde daba otra al gato porque habia arañado al perro; el miércoles paseaba en el Prado vestida de terciopelo, y el jueves paseaba en el mismo sitio vestida de indiana.—Somos tan prolijos para que

no se achaquen al pintor las inconsecuencias del original.

Doña Juana dominaba de tal modo á su marido, que la voluntad de este se hallaba completamente sometida á aquella. D. Juan temblaba ante una palabra ó un gesto amenazador de su mujer, y mas de una vez le arrojó esta un cuchillo ó le zurró con un zapato, porque el honrado banquero en vez de recogerse á las nueve de la noche se recogió á las diez.

—Vamos, dijo Doña Juana á su marido cuando D. Juan entró en el comedor, yo creí que era menester echar á V. memoriales para que viniese á comer. ¿Piensa V. que yo estoy aquí para sufrir calzoneras de nadie? Pues está V. muy equivocado.

—¡Qué cosas tienes, Juanita! dijo D. Juan, frotándose las manos y sonrien-

dose con zalamería. — Tienes un genio, que ni la pólvora de Ruidera.

Y el banquero se sentó, hizo plato, y como se le diera á su mujer, esta le rechazó tan bruscamente, que derramó su contenido en el mantel.

— ¡Tengo yo manos para servirme! dijo.

— Como gustes, Juanita, contestó D. Juan humildemente.

Y siguieron comiendo en silencio, por mas que el banquero dirigiese de cuando en cuando la palabra á su mujer en tono halagüeño.

Al fin doña Juana se decidió á romper el silencio preguntando á su marido.

— Y ¿cuáles eran los importantes quehaceres que V. tenía para tenerme aquí media hora esperando?

— ¡Media hora! ¿por qué no has dicho una, hija?

—¡A mi no me contradiga V.! exclamó Doña Juana con un gesto terrible. Yo digo mas verdad que V. y toda su casta.

—Vamos no te incomodes por tan poca cosa. Los quehaceres que tenia no eran muy grandes que digamos: estaba charlando con el chico.

—¿Con qué chico?

—Con Angel.

—¿Ha venido ya?

—Sí, mujer. Pues qué ¿no lo sabias?

—No señor, nadie me ha dicho nada.

En esta casa soy yo la última palabra del credo..... Pues no señor, no debe ser asi, ni lo cousentiré de aquí en adelante, porque aquí yo soy el ama. ¿lo entiende V.?

Y Doña Juana al decir esto arrojó el tenedor con tal furia, que hizo pedazos un plato.

—Pero por Dios, Juanita.....

—No me replique V., porque le clavo el cuchillo en el pecho.

El banquero hizo un movimiento hacia atrás porque su mujer habia cogido el cuchillo y le apretaba convulsivamente.

Al fin el silencio y la mansedumbre de su marido desarmaron á aquella furia.

—¿Y cuando ha venido el chico? preguntó.

—A las dos. Hija, yo crei que te lo habia dicho el criado.

—No me ha dicho nada. Ese Rosendo es un bruto, y hoy mismo le voy á poner de patitas en la calle. Mire V. el modrego del chico no haber subido á saludarme.....

—Pero, mujer, ¿qué sabe él?.....

—Ya sabia que en esta casa yo soy el ama.

—Si ha llegado muerto de frio, y luego ese majadero de Lucas ha empezado á reñirle, y el pobre muchacho se ha cortado.

—Yo le avisparé con las correas de la ropa.

—No seas tonta, Juanita: para avisparle, como tú dices, se necesitan caricias y no correas. He dicho á Lucas que cuidado conmigo si le toca al pelo de la ropa. A tí no te digo lo mismo, porque tienes mejor corazón que mi sobrino, y estoy seguro de que Angelito ha de encontrar en tí una mujer que le haga no echar de menos el cariño de su madre. Como que ya está deseando verte, y lo primero que ha hecho ha sido preguntar por tí.

Esta mentira del banquero reconcilió á Angel con Doña Juana, que admitiendo una fineza de su marido, dijo:

—¿Pero que hace esa criatura en el escritorio?

—¿Por qué no le habeis mandado subir á tomar algo en cuanto ha venido? Probablemente estará en ayunas, mojado, muerto de frio.....

—No, ha dicho que no tenia gana de tomar nada, y en cuanto á calentarse, está en mi despacho sentado á la chimenea.

—¿Y por qué le ha reñido Lucas?

—¡Cosas suyas! Toma, por nada, porque ha dicho que le gusta mas su pais que Madrid.

—¡Ave-Mara purisima! Pues eso no era para reñirle. Aqui me tienes á mi que á Dios gracias nada me falta, y con todo eso me muero por mi pueblo. ¡Rosendo! añadió Doña Juana llamandole al criado de los equívocos, que venga

el chico que está en el despacho del señor.

—¿Quién, el *rocin-venido*? preguntó el asturiano con maliciosa sonrisa.

—¡Bárbaro! exclamaron Doña Juana y su esposo; si vuelves á divertirte con Angel, tomas la puerta mas pronto que la vista.

El asturiano bajó la cabeza, poco satisfecho del éxito de sus gracias, y habiéndose retirado volvió un instante despues con el niño.

Angel saludó con bastante desembarazo á la señora; y como esta le diera un dulce, acabó de perder su cortedad, y contestó con despejo á las mil preguntas que durante un buen rato le hicieron ambos esposos.

—¿Te acuerdas mucho de tu madre? le preguntó Doña Juana.

—Sí señora, contestó el niño.

—Pues como seas bueno, yo te querré y te cuidaré como ella.

—¡Gracias, señora!..... contestó el niño. Y sus ojos se arrasaron en lágrimas.... ¡Lágrimas de alegría y de ternura!

El banquero y su mujer se levantaron de la mesa.

—Estate aquí, hijo, dijo Doña Juana á Angel, que ahora vais á comer tú y los compañeros.

V.

Un instante despues pasaron al comedor D. Lucas y los dependientes, y se sentaron á la mesa. Angel permanecia en un extremo del comedor con la cabeza baja, acobardado, sin atreverse á alzar la vista á D. Lucas.

—Acércate á la mesa, salvaje, le dijo

el sobrino de Quijano: vamos, lo mejor será que vuelvas á guardar cabras á Vizcaya.

El niño se regocijó, y al mismo tiempo se sintió herido en el corazón al oír estas palabras: se regocijó á la idea de volver á su país, y sintió su corazón lastimado ante la reconvención de inepto que se le dirigía. Acercóse á la mesa con timidez, mas no se acercó tanto como debiera en concepto de D. Lucas, pues dándole este un puñetazo en la espalda echó un *pecado* como llaman los niños á ciertas interjecciones.

—¡Acércate más, bruto! La culpa tiene quien no deja en el campo á los animales ó no les pone pesebre en lugar de mesa.

Todos los dependientes del banquero se echaron á reír celebrando el chiste de D. Lucas.

Y en tanto el pobre Angel derramaba un torrente de lágrimas y comparaba las caricias de su familia con aquellos bárbaros ultrajes.

—Qué, ¿no comes? le preguntó D. Lucas.

—No tengo gana, contestó el niño.

—Mejor, así estarás libre de indigestiones y disminuirán la carnaza que tienes sobre los ojos y esos carrillos de monja boba.

Angel, por única contestación, continuó llorando y suspirando por sus padres, por sus hermanos, por los compañeros de su niñez, por sus queridas montañas de Vizcaya, donde tan libre, tan querido, tan feliz había vivido.

¡Y los dependiente de Quijano siguiéronle escarneciendo y riéndose de él sin compasión, como si aquel niño fuera un cuerpo sin alma, como si le considera-

sen sin corazon para sentir!

Las almas sensibles se irritan, se indignan, se sublevan ante la inhumanidad con que comunmente son tratados en las grandes poblaciones y particularmente en Madrid los jóvenes recién llegados de la aldea. ¡Llega un desventurado niño que nunca se habia separado del seno de su familia, donde si no tenia riquezas y comodidades tenia cariño y tierna solicitud; llega comunmente muerto de frio, rendido de cansancio, hambriento muchas veces, desconsolado siempre, y en lugar de proporcionársele cariño y consuelos que necesita entonces mas que nunca, se le escarnece, se burlan todos de su inocencia, de su debilidad, de sus lágrimas, de su rudeza, de su lenguaje! Los que tal hacen, no blasonen nunca de honrados, ni de humanos, porque todos los corazones generosos se aunarán para

arrojarles á la cara un solemne mentis, para decirles que abrigan una alma vulgar, si es que no una alma de hiena.

Durante la primera tarde que Angel pasó en casa de D. Juan Quijano, fué victima de la bárbara costumbre que execramos: abusóse indignamente de su sencillez obligándole á una porcion de actos que repugna enumerar, y por último se le hizo creer que cuantos llegaban á Madrid por primera vez necesitaban ser pesados para satisfacer ciertos derechos arreglados á su peso. Colocósele en una balanza donde se le tuvo largo rato casi descoyuntando su delicado cuerpecito; y cuando cesó aquella especie de martirio, que recuerda los inventados por Diocleciano y Torquemada, tuvo que sufrir otro quizá mas doloroso, el de las burlas de sus verdugos.

que herian su corazón desapiadadamente.

¡Y los dependientes del banquero, aquellos hombres bárbaros que, como todos los hombres, estaban obligados á proteger al débil y consolar al triste, á cumplir graves y santos deberes en la sociedad, se creyeron satisfechos de su obra, se creyeron tal vez ricos de talento y de gracia porque habían engañado y martirizado á un niño que por primera vez de su vida lloraba lejos de sus padres y de las queridas montañas de su patria!

¡Y la pobre criatura tuvo que sellar sus labios: ni aun tuvo el consuelo de quejarse de aquel bárbaro trato á D. Juan, porque se lo prohibieron sus verdugos con amenazas que le infundieron nuevo terror y nuevo desconsuelo!

VI.

La familia de Quijano dormía en el piso principal, á excepcion del dependiente mas moderno, y los perros, que dormían en el piso bajo destinado casi en su totalidad á las oficinas.

Los perros *Leon* y *Pilis* dormían en el despacho del banquero, que era una pieza elegantemente amueblada, y el dependiente en un cuartito alumbrado por una especie de tragaluz, humedo, colocado en un pasillo constantemente barrido por el aire que venia de la calle, y el que venia de un patio situado en la parte opuesta, y amueblado con una cama compuesta de un tablado de pino, un colchon, dos sábanas, una manta y una almohada, una percha con dos garabatos y grandes colgaduras de telaraña pendientes de las bovedillas.

Antiguamente dormia el dependiente menor en un excelente cuarto del piso principal; pero D. Lucas lo habia arreglado de otro modo mucho antes de la época á que nos referimos, porque aunque no era muy dado á los libros, se le alcanzaba algo de *higiene parda*, y decia que los dependientes enfermaban á causa del tránsito repentino de lo incomodo á lo cómodo, de una cama dura á una cama blanda, de una habitacion buena á una habitacion mala. Su tio quiso oponerse á aquella innovacion, sosteniendo que lo que hacia enfermar á los dependientes era el mal trato que les daba D. Lucas; pero este sostuvo su teoría con tan fuertes argumentos, que el pacifico banquero hubo de asentir por quitarse de ruidos. Los dependientes siguieron enfermando; pero D. Lucas aseguró á su tio que no habia tales carneros, pues lo

hacian para que se los dejara dormir arriba, y el bueno de D. Juan, que tenia bastante que hacer con las camorras de su esposa, y se acostumbraba á todo fácilmente, no quiso andar mas en dimes y diretes, y se acostumbró al sistema celular establecido por su sobrino.

Cenaban casi simultáneamente los principales y los dependientes, sirviéndose á estos las viandas sobrantes de la mesa de los primeros, y D. Lucas, que segun hemos visto, se sentaba ordinariamente al mediodia á la mesa de los dependientes, se sentaba á la de sus tios á la noche y los dias festivos, es decir, siempre que el despacho estaba cerrado. Aunque el sobrino del banquero no podia tolerar que los dependientes fumasen, tenia una aficion desmedida al tabaco; pero nunca fumaba delante de su tio, lo cual es muy fácil de explicar: D. Lucas fu-

maba cuando necesitaba ocultarse, y cuando ya no lo necesitó siguió ocultándose por costumbre y quizá por no dar su brazo á torcer, pues en otros tiempos habia jurado y perjurado á su tío que hasta el olor del tabaco le trastornaba. Levantábase de la mesa con el bocado en la boca y pasaba á la cocina donde comian los dependientes, preparando su cigarro, que no encendia por temor de que sus tios lo oliesen, y tomando una luz daba la voz de «¡A acostarse!» al dependiente menor. Este solia estar á mitad de la cena, como que los principales llevaban siempre un plato de ventaja; pero D. Lucas estaba rabiando por fumar, y el dependiente no tenia mas remedio que levantarse de la mesa, dar las buenas noches á toda la familia empezando por los principales y seguir á D. Lucas que bajaba la escalera dando

cada chupada que valia un doblon.

En tanto que el dependiente se acostaba á beneficio de luz colgada en el pasillo frente á la puerta del cuarto, D. Lucas apuraba su cigarro; tomaba la palmatoria, hacia cuatro fiestecitas á los perros acostados en un mullido colchoncito, y subia á hacer un rato de compañía á sus tios que gustaban charlar un rato de sobremesa por no ir á la cama con el bocado en la boca, como ellos decian.

Si D. Juan Quijano hubiese tenido un huésped, y este huésped le hubiese preguntado:

—¿Por qué baja su sobrino de V. al escritorio no bien acaba de cenar? D. Juan le hubiera contestado.

—Baja á acostar los perros y el chico, á dar un vistazo por abajo á ver si está bien cerrado, y á traerse la luz, porque

en este Madrid hay que tener mucho cuidado con los fuegos. Como estos muchachos son tan dormilones, Lucas conoce que maldita la gracia tiene que el chico se esté ahí dando cabezadas porque nosotros tengamos gana de parola, y se apresura á llevarle á acostar.

A Angel sucedió ni mas menos lo que habia sucedido á sus antecesores, con la diferencia de que al pobre chico le fué mas sensible el acostumbrarse á media racion, porque como en todo el dia no habia entrado gracia de Dios en su boca, tenía una hambre canina. Una persona adulta, teniendo la pena que él tenia, hubiera mirado con repugnancia la cena, aunque se hubiera estado cayendo de debilidad; pero un pobre niño si pierde el apetito por algunas horas, le recobra muy pronto por muy acerbos que sean sus penas.

Angel se acostó, y D. Lucas se despidió de él diciéndole:

—A ver si por la mañana se pegan las sábanas, que á Madrid no se viene á comer y dormir. A las seis, á barrer bien la oficina.

D. Lucas, como hemos visto, era muy aficionado á ese género de lenguaje impersonal que para esquivar el tratamiento han inventado los lacayos y los militares.

## VII.

Angel halló en la soledad de su dormitorio, la compensacion de la parte de cena de que la viveza de D. Lucas le habia privado. Allí podia llorar, pedir á Dios que le volviese á sus montañas, invocar el nombre de sus padres y hasta execrar á los que le maltrataban, sin

que una burlona carcajada, un humillante dicterio ó un golpe viniesen á interrumpirle.

¡Ay! ¡Cuánto lloró la pobre criatura aquella noche!

¡Qué triste es vivir en Madrid! decía. De Madrid al cielo, suelen decir en mi tierra. ¡Bien se conoce que no han estado aquí los que tal dicen! ¡Las calles y las plazas estan convertidas en lodazales, la gente tropieza una con otra, los carruajes y las caballerias atropellan y llenan de lodo al transeunte, las canales empapan de agua al que transita por las aceras, y el aire que viene de los puertos hace brotar la sangre de las manos y la cara!..... No es asi en mi pais: no es asi en los campos de Vizcaya. Allí blanquea la nieve rasa y pura sobre la yerba y las peñas, sobre los tejados y los árboles, y cuando el sol y la lluvia la

derriten, no se convierte en lodo, que se convierte en claros arroyuelos; allí no se apiñan, y se atropellan, y se confunden las gentes, y los ganados, y los carruajes, que Dios ha dado á todos holguera y campo en que espaciarse, y si soplan allí los aires frios del invierno, dan la salud en vez de quitarla. ¡Ay! ¡Qué diferente hubiera sido para mi el día de hoy si le hubiera pasado en mi aldea! Hubiera salido al campo á trotar en la nieve, hubiera formado bolas de nieve en la cumbre de la montaña para verlas rodar al valle, hubiera vuelto á casa, y despues de calentarme y almorzar al amor de la lumbre, hubiera subido al sobrado á coger los pájaros que buscan allí abrigo contra la intemperie, y el alimento que la nieve les oculta en el campo, y en tanto que mi madre preparase la cena, mi padre y mi abuelo

me hubieran contado sus hazañas del tiempo en que fueron militares. Después de cenar me hubiera acompañado mi madre hasta mi cama, me hubiera abrigado cuidadosamente, se hubiera despedido de mí con un dulce beso, y en este instante no estuviera despierto y llorando como estoy, que dormiría tranquilo hasta que por la mañana fuera mi madre á despertarme con otro beso.

Así diciendo y así pensando pasó Angel casi toda la noche. Comenzaba á oirse en la calle las voces de los vendedores, el ruido de los carros y las pisadas de los transeuntes, cuando el desvelo y el cansancio del cuerpo y del alma trajeron sobre él un benéfico sueño.

Quedóse, pues, profundamente dormido: sus mejillas se pusieron sonrosadas, su semblante, su actitud y su respiración revelaban una dulcísima calma;

una apacible sonrisa entreabria sus labios, y de cuando en cuando se escapaba de ellos el nombre de «padre, madre» ù otros que debian ser tan gratos como estos al desventurado niño. Ora soñaba que se hallaba en su pais, rodeado de su familia, jugando con los compañeros de su niñez; ora que corria por las riberas del rio que fecunda el valle donde nació; ora que trepaba á la copa de los árboles á coger el nido de la paloma torcaz ó del picazo; ora que derribaba á pedradas el fruto del mazano ó del nogal; ora que iba á la sebe á hacer silbos con la corteza del castaño ó al arroyo á hacer molinos de junco; ora que subia á la cumbre de la montaña coronada por una ermita, en torno de la cual llamaba el tamboril á la romería; ora, en fin, que era la noche de S. Juan, y alumbraban el valle las hogueras encendidas en los

cerros y le alegraban el repique de las campanas, el disparo de las escopetas, y los cantares y los gritos de placer que acompañaban á la Sanjuanada.

Y entregado á aquellos dulcísimos sueños, que al que escribe estas páginas es lícito adivinar quizá mejor que á ningun otro porque ha llorado y ha soñado como Angel, no sintió el pobre niño las siete de la mañana que sonaron en el reloj del despacho de su principal.

### VIII.

Manuel y Cipriano, que así se llamaban los otros dos dependientes del banquero, bajaron á la oficina, y como no hallaran á Angel levantado, se encaminaron á su cuarto.

—Despertémosle, decia Manuel, porque si baja D. Lucas y le encuentra dor-

mido, le hace la *operacion*.

—Anda, replicó Cipriano, dejémosle, que nos vamos á divertir si se la hace. ¡Lástima que no tengamos un buen manojo de hortigas como aquellos de nuestro pais que levantan ampollas como garbanzos!

—Hombre, no tengas malas intenciones, que harlo rabió ayer el pobre chico sobre todo con lo del peso.

—Anda, que se fastidie, que tambien nosotros nos fastidiabamos cuando eramos como él.

—Pues yo creo que por lo mismo que á nosotros nos trataron mal, debemos tratar bien á los que son lo que fuimos nosotros.

Y al decir esto se acercó Manuel á la cama de Angel, y empezó á menear á este y á llamarle; pero Angel seguia profundamente dormido.

—¿Qué es eso? preguntó D. Lucas presentándose á la puerta del cuarto. ¿Está todavía en la cama ese modrego?

—Si señor, contestó Cipriano con cierta fruicion.

D. Lucas echó un *pecado*, y añadió dirigiendose á Cipriano.

—Vereis qué pronto le despabilo yo. Sube por un jarro de agua de la tinaja, que le voy á hacer la *operacion*.

Cipriano, que parecia cortado por el mismo patron que D. Lucas, se apresuró á obedecer frotándose las manos de regocijo conforme subia la escalera. En la meseta de esta y apoyado en la barandilla de hierro que daba á un patio cubierto por un emplomado, estaba Rosendo escuchando lo que pasaba abajo, pues, se oia desde alli perfectamente.

—D. Cipriano, dijo, ¿qué es eso?

—Que voy por un jarro de agua para

hacer la *operacion*...

—¿Al *rocin-venido*?

—Si. Veras como nos vamos á divertir.

—Mil demonios me llevan si yo no habia adivinado que habria que hacérsela. ¿Agua de la tinaja dice V.? Ca, no sea V. bobo. El agua de la tinaja como esta cerca del fogon, está templada. Venga V. acá, D. Cipriano, que de intento puse yo anoche en este tejadillo un buen jarro de ella.

—¿Qué talento tienes, Rosendo! exclamó Cipriano en tanto que el bruto del asturiano alcanzaba del emplomado un jarro lleno de agua.

—¿Qué rica debe estar! añadió viendo que el agua estaba cubierta de una espesa capa de hielo, que quebrantó con los nudillos de los dedos conforme bajaba la escalera.

Rosendo, no queriendo privarse del bárbaro placer de ver la operacion que iba á hacerse con el pobre niño, bajó muy alborozado tras de Cipriano.

D. Lucas cogió el jarro, y apartando la ropa que cubria al niño hasta la boca, derramó de golpe toda el agua en el pecho de la inocente criatura con mucha alegría de Cipriano y Rosendo, pues Manuel mas bien compadecia á Angel que celebraba el mal trato de que era victima.

Angel dió un grito y un salto al sentir en su cuerpo el agua helada.

—¡A ver si te despabilas! dijo D. Lucas terminando la frase con otro *pecado*,

El pobre niño no replicó, no trató de disculparse. Arrojóse inmediatamente de la cama y se vistió en silencio. Sus ojos no derramaban lágrimas; pero su corazón derramaba sangre! A la cabecera de

su cama habia una ennegrecida estampa que representaba á Jesus crucificado. El niño alzó los ojos á la santa imágen, y exclamó en el fondo de su corazon:

— ¡Señor! ¡llévame al cielo ó á mis montañas!

### IX.

En medio de la nube de tristeza que le rodeaba, brilló para el pobre Angel un rayo de esperanza. Por las conversaciones que oyó á D. Lucas y á sus compañeros conoció que los depeñados de Quijano iban de caza los dias festivos, y por consiguiente concibió la esperanza de participar de aquel solaz, de desquitarse de la tristeza y la opresion de toda la semana con un dia de alegría, de esparcimiento, de libertad.

De todas las necesidades que experimentaba, la mayor era la de respirar un

instante libremente, la de ver el cielo y el sol, los árboles y los campos.

Manuel era el único que dirigia la palabra al triste niño sin la aspereza y la burla con que se la dirigian siempre D. Lucas y Cipriano. Así, pues, tras un día ó dos de vacilaciones, Angel se atrevió á preguntarle si podia él esperar que se le permitiese tambien salir al campo el domingo.

—Eso por sabido se calla, le contestó Manuel.

Esta contestacion, para otro demasiado brusca y lacónica, hizo llorar de agradecimiento y de alegría á Angel; de agradecimiento, porque encerraba un tesoro de bondad y de indulgencia comparada con las que el niño recibia frecuentemente en aquella casa y de alegría porque confirmaba sus hermosas esperanzas.

Ya no se le hacian al pobre niño desabridas las palabras de D. Lucas, ni crueles las burlas de Cipriano y Rosendo, ya no le parecia insoportable el trabajo á que se le sometia desde la mañana á las altas horas de la noche, y hasta el cuarto en que dormia, humedo, frio, triste y desamparado le parecia abrigado y alegre, porque en él soñaba con los placeres del domingo, porque en él se entregaba á sus risueñas esperanzas de gozar un dia á la semana de placeres semejantes á los que diariamente le habian sonreido en los campos de su pais.

Si hermosos son los campos y los bosques de mi pais, decia, ¡qué no serán los de esta tierra los campos y los bosques donde pasean y cazan los reyes y los cortesanos! Si divertidas son las cacerias en mi tierra, ¡qué no serán aqui

donde todo debe participar de la grandeza, de la superioridad y de la magnificencia de la corte! Ahí he visto los arreos de caza de D. Lucas y todo es rico, todo es precioso en ellos: ¡la escopeta y los frascos de la municion están guarnecidos de plata, y los botines y el morral están bordados de seda! ¡Cómo me voy á divertir, Dios mio! Atravesaremos espesos bosques de robles y castaños, vadearemos claros arroyos y espumosos torrentes, y desde lo alto de una roca, de la cumbre de una colina ó de la copa de un árbol veré al jabalí acosado por los perros, y al declinar la tarde, cuando hayamos reunido gran cantidad de hermosas reses, iremos á reponernos de la fatiga bajo los emparrados ó los nogales que sombrean los caserios, donde se nos ofrecerá rica leche y frescas y regaladas frutas. Y al volver á Madrid, ¡con qué

orgullo, con qué alegría atravesaremos esas calles con grandes cuerdas de perdices á la espalda y conduciendo de la rienda caballerías cargadas de jabalies y liebres!

Llegó por fin el anhelado domingo. El cielo amaneció completamente despejado, el sol despuntó mas hermoso que nunca y un recio viento que habia soplado durante la noche anterior, habia secado el piso. Todo contribuia á hermosear el dia destinado á compensar á Angel de sus padecimientos durante la semana.

D. Lucas habia dicho la noche anterior á los dependientes en presencia de los principales, que eran fieles observadores de los preceptos religiosos:

—Levantarse mañana temprano para oír misa antes de salir al campo.

En efecto, los dependientes lo mismo

que D. Lucas se levantaron temprano, pero no para ir à misa. ¡Que importaba la misa à D. Lucas cuando se trataba de una cosa tan interesante como la caza, que era su diversion favorita!

A cada dependiente señaló D. Lucas su tarea. Angel se encargó de hacer tacos de esparto, Manuel de llenar de pólvora los frascos y de perdigon las bolsas, y Cipriano de proveer de pistones las pistoneras.

Llegó la hora de partir, D. Lucas, Manuel y Cipriano se calzaron fuertes botines, se echaron à la espalda grandes morrales, y se armaron no solo de escopetas de dos tiros, sino tambien de excelentes cuchillos de monte, sin olvidarse de echar un buen puñado de balas en los bolsillos.

Angel los contemplaba lleno de gozo, porque decia para sus adentros:

Esos fuertes botines, esos grandes morrales, esos cuchillos de monte y esas balas significan que vamos á recorrer espesos y ásperos montes, que la caza ha de ser abundante, y que tendremos que habernoslas con terribles jabalies, y aun acaso con lobos.

Pero lo que confundia al pobre niño era el ver que D. Lucas disponia que fuesen con ellos los perros Leon y Pili, dos gozquecillos cuya débil resistencia se avenia mal con los peligros y la rnda fatiga de una cacería como la que él se figuraba.

Salieron al fin y tomaron calle abajo. — ¡Qué barata va á valer mañana la caza! decian algunas personas al verlos.

Y Angel, que no comprendia el sentido irónico de estas palabras, se afirmaba mas y mas en la idea que de la cacería habia formado.

X.

Cuando dieron vista á la puerta de Toledo, Angel se estremeció de placer: algunos pasos mas é iba á encontrarse en el campo, iba á recrear la vista con la contemplacion de una hermosa perspectiva, pues si las de su pais eran sorprendentes, ¡cuanto no debian serlo las que ofreciesen las cercanías de Madrid, las cercanías de la capital de España, donde todo debia ser grande, magnífico, admirable!

Allá al frente, se decia, se descubrirá una alta montaña cubierta de gigantes-  
cos árboles; á un lado se verá una verde colina coronada por un misterioso y sombrío castillo medio arruinado; hácia el lado opuesto se alzarán quebradas rocas entre las cuales se despeñarán con

ronco bramido los impetuosos torrentes, y al pié de los montes se extenderá una deliciosa vega sembrada de blancos caseríos y regada por un caudaloso río, en cuya orilla se destacará el nevado techo de los molinos..... Ese encantador espectáculo debe aparecer de repente á mi vista.

Y Angel, viendo que se acercaban ya á la puerta, bajó la vista con el firme propósito de no alzarla, hasta sentir bajo sus piés la yerba del campo para poder así abarcar de repente el hermoso paisaje que se figuraba.

No una alfombra de menuda yerba, sino la arena y el airecillo sutil de Guadarrama le hicieron conocer que se hallaba ya en el campo. Entonces alzó con prontitud la vista y trató de abarcar con ansia el paisaje que tenia delante. ¡Ay! ¡Cuán diferente era aquel paisaje del que

él había soñado! Al frente cortaban el horizonte los áridos cerros de S. Isidro, coronados no de gigantes árboles y misteriosos castillos, sino de ahumados tejares y tristes cementerios circuidos de tapias de tierra. A la izquierda, la estéril y monótona llanura cuyos accidentes mas bellos son el cerro de los Angeles y el cerro negro. A la derecha, los miserros ventorrillos y los escuetos ribazos que dominan al puente de Segovia. Y en la llanura: ¡el triste Manzanares arastrándose penosamente entre muladares y lavaderos!!!

El desaliento y la tristeza se apoderaron de Angel. Sin embargo aun no perdió completamente la esperanza de dar con el paraiso de sus sueños.

Sigamos adelante, dijo, que tal vez al trasponer aquellos cerros descubrirán mis ojos un paisaje menos árido y triste

que el que descubren desde aquí.

Y siguiendo á sus compañeros pasó el Manzanares por el puente de S. Isidro. D. Lucas se detuvo allí haciendo señas á sus compañeros para que guardasen silencio. Obedeciéronle todos y él se adelantó algunos pasos, de puntillas, con la espalda encorvada y preparada la escopeta.

Y Angel creyó que alguna liebre ó cuando menos alguna bandada de perdices habia descubierto D. Lucas. Este disparó al fin su escopeta, exclamando loco de contento:

— ¡Ya cayó! ¡Ni la paz y caridad le levanta!

Y desapareció entre los sauces que bordeaban el rio. Algunos instantes después volvió á aparecer mostrando triunfante... ¡una pajarita de agua que acababa de matar!

Las ilusiones de Angel recibieron un nuevo y terrible golpe. ¿Que cacería era aquella en que los cazadores se alborozaban tanto con la muerte de un pajarillo? ¿Para qué eran aquellas balas, aquellos cuchillos de monte y aquellos morrales?

Nuestros cazadores treparon á los cerros de S. Isidro, y Angel dirigió la vista al nuevo horizonte. ¡Tambien allí por todas partes áridos cerros..... pelados ribazos por todas partes y algunos árboles raquíticos, y algunos zarzales en el arroyo de Luche!

D Lucas no desmayaba como Angel. Atravesando sembrados en persecucion de alguna alondra, se fué alejando, alejando seguido de sus compañeros. Angel se cansaba, y Leon y Pilis tambien. Angel se sentó rendido en una linde, y los perros, rendidos tambien, se tumbaron

en un surco; pero D. Lucas dió un pescozon al niño, é hizo una caricia á los perros obligando al primero á cargar con los segundos.

Tú que no puedes llevame á cuestras.

Recorriendo D. Lucas el arroyo de Luche, saltó un conejo de entre sus piés. D. Lucas le disparó á boca jarro, pero el conejo continuó su camino sin la menor novedad.

El cazador echó un *pecado* asegurando que el animal iba herido; porque la picara de la polvóra no remataba. ¡Y á todo esto, el pobre Angel que no podia ya con su cuerpo y menos aun con su alma, continuaba cargado con los perros!

En estas y las otras la tarde fué declinando, y nuestros cazadores tomaron la vuelta de Madrid trayendo en el morral hasta media docena de pajarillos.

Angel se quedaba atras de cuando en cuando; pero D. Lucas le ayudaba ora echándole un *pecado*. ora dándole un puntapié; pero no tan fuerte que el chico fuera á caer y lastimar los perros.

¡Eran tan monos Leon y Pilis!

Cerca de la puerta de Toledo los alcanzó un cazador que llevaba cuatro conejos.

—Hola, tio Lobo, le dijo D. Lucas. ¿Parece que se ha hecho negocio?

—Así, así señor D. Lucas. ¿VV. que tal?

—Calle V., hombre, que estoy desesperado con esta maldita pólvora.

—¿Pues qué es lo que tiene? ¿Estará húmeda?

—No señor. Es que no remata. He tirado hoy mas de veinte tiros y se han marchado heridas las piezas.

—Pues lo que es á mí, la que se me

marche que me la claven en la frente. Tengo una pólvora de contrabando que es de lo que no hay.

—Hombre, ya podía V. venderme un par de libras.

—Con mucho gusto, señor D. Lucas. Un día de estos se las llevaré á V.

—Corriente. Hombre, vamos á ver esos animalitos.

—Véalos V. Son buenas piezas.

—Sí que lo son. Por supuesto, ¿estos serán para la plazuela?

—Sí señor. Como que uno vive de eso.....

—Pues me voy á quedar con ellos yo.

—Como V. guste, señor D. Lucas.

—Con que ¿cuanto le doy á V. por ellos?

—Lo que V. quiera.

—Vamos, ahí tiene V. un duro.

—Gracias, señor D. Lucas; que VV.

los coman con salud. Con que hasta mas ver, señor D. Lucas y la compañía.

—Que vaya bien, tio Lobo.

El tio Lobo se adelantó á los dependientes de Quijano. Don Lucas se apresuró á engalanar su cinto con los cuatro conejos. Poco despues entraba en Madrid tan ancho que no cabia en la calle de Toledo, dando enojos á los que aquella misma mañana se habian burlado de él.

## XI.

Dos ó tres dias despues de la famosa cacería se hallaban en el despacho de Quijano, el banquero, su sobrino D. Lucas y cuatro ó cinco amigos aficionados á la caza, echando un sabroso párrafo al amor de la chimenea.

En la oficina general trabajaban en silencio los dependientes incluso Angel, cuyos rosados colores iban desapareciendo, y cuya tristeza era cada dia mas profunda.

—¿Cómo vamos de caza, D. Lucas? preguntó uno de los amigos.

—Perfectamente, contestó D. Lucas.

—Amigos, añadió D. Juan, mi sobrino es el rey de los cazadores. ¿No saben VV. que el domingo trajo cuatro conejos como cuatro terneros?

—¿Que nos dice V!

—Lo que VV. oyen, afirmó D. Lucas, reventando de orgullo. Aprendan VV. á matar conejos donde nadie los mata, en las cercanías de Madrid.

—Hombre, hombre, cuéntenos usted eso.

—Si señor, en el arroyo de Luche maté el domingo cuatro conejos en me-

nos que canta un gallo, y eso que la pólvora no remataba.

—No sé cómo demonios se las componen VV. Yo por mas vueltas que doy no echo un conejo en estas inmediaciones.

—Porque VV. son cazadores de *chicha y nabo*. Yo ni siquiera necesito perro. En habiendo conejo, no hay remedio, le hago saltar, y si le tiro, ni la paz y caridad le levanta, porque yo donde pongo el ojo, pongo el tiro. ¡Plum! conejo fuera, conejo á tierra. En un instante cayeron los cuatro el domingo.

—Amigo hay que confesar que es V. buen cazador.

—Ya está él persuadido de ello, dijo D. Juan. La cacería del domingo va á ser sonada en Madrid; como que ese no sabe hablar de otra cosa á cuantos entran en casa.

—D. Lucas estaba aun contando con

sus pelos y señales el cómo y dónde y cuándo mató los cuatro conejos, cuando entró en la oficina el tío Lobo.

—¿Está D. Lucas? preguntó á los dependientes.

—Si señor, le contestó Angel.

—Pues dile que haga el favor de salir, que está aquí el tío Lobo.

El niño se encaminó al despacho. D. Lucas, que aun no habia acabado de contar cómo mató los cuatro conejos, se amoscó, viendo que iban á interrumpirle, y con aquella amabilidad que le era habitual preguntó á Angel antes que este tuviese tiempo de hablar:

—¿Qué traes tú aquí, borrego?

—Que está ahí el Lobo, contestó Angel.

Todos los circunstantes se echaron á reir viendo la casual concordancia que habia entre la pregunta y la respuesta.

No era extraño que Angel hubiese omitido la denominacion de *tio* que se anteponia al apellido del cazador, porque esa denominacion tan comun en casi toda España, no se usaba ni se usa en su tierra sino cuando la justifica la consanguinidad. Creyendo que se reian de él porque se hubiese explicado mal, se llenó de vergüenza y se apresuró á explicarse de otro modo.

—Yo no sé, dijo, pero así me parece que se llama. Es aquel cazador á quien V. compró el domingo los cuatro conejos fuera de la puerta de Toledo.

Estas palabras del niño fueron acogidas con una carcajada mas ruidosa aun que la anterior; pero menos inofensiva, con una carcajada burlona, insultante, sangrienta, porque los cazadores tienen dos grandes debilidades: son embusteros y envidiosos, y así como no pierden oca-

sion de mentir, no la pierden tampoco de humillar á los que cazan ó suponen cazar mas que ellos.

D. Lucas quedó por un instante inmóvil, avergonzado, corrido como una mona; pero de repente se tiñeron de sangre sus ojos, sus venas se hincharon, y el color de su rostro se tornó de encendido, amoratado. Lanzóse de repente como un tigre sobre el pobre niño, echando *pecados* á borbotones, y cogiéndole por el cuello le arrojó con violencia contra la pared, y se puso á descargar sobre él furiosas patadas antes que D. Juan y los amigos que estaban presentes hubieran tenido tiempo de interponerse entre aquella fiera y el inocente cordeiro que por única defensa invocaba el santo nombre de su madre.

¡Oh tú, *Fernan Caballero*, el noble y generoso cantor de nuestro buen pue-

blo español, el amigo de los pobres de espíritu y de los ricos de corazón, que tienes cabeza de hombre para pensar, y corazón de mujer para sentir; tú, el amigo por excelencia de los niños y de las madres, de los débiles y de los desconsolados, tú que buscas y lloras los dolores allí donde las almas vulgares no los ven; dime, cien veces buen *Fernan Caballero*, ¿no es verdad que nuestros sabios legisladores son muy malos y muy ignorantes cuando han puesto á los niños bajo la salvaguardia del código que protege á los *hombres*, en vez de ponerlos bajo la salvaguardia de un código que protege á los ángeles?

## XII.

Habian pasado algunos meses desde el dia en que por milagro se libró Angel

de morir á manos de D. Lucas.

Era una dulce mañana de primavera. El comedor de casa de D. Juan Quijano tenia un balcon que daba al norte. El banquero y su mujer, estaban tomando chocolate en el comedor, y Angel estaba asomado al balcon con la vista inmovil y fija en direccion de su pais.

El pobre niño estaba mas alto que cuando llegó de sus montañas; pero tambien estaba mucho mas delgado. Una palidez mortal cubria su rostro, y la tristeza mas profunda se retrataba en sus negros y grandes ojos.

—¿Angel? ¿Qué haces ahí, hijo? le preguntó con cariño Doña Juana; pero el niño no contestó.

—Dios mio, ¿que tendrá esa criatura? añadió la mujer del banquero con verdadera afliccion.

—No sé qué tiene, Juanita, respondió

su marido. Nadie nos quita de la cabeza que está malo desde que le pegó Lucas, por mas que dijera el medico á los quince dias que ya estaba completamente bueno.

—¿Le habrá vuelto á pegar Lucas?

—No, hija. En cuanto á eso estoy seguro..... Mucho me temo que ese niño se desgracie al fin y al cabo.

—¡Ay! No lo quiera la Virgen Santísima. Angel se llama, y él es el angel que trajo la paz á nuestra casa, porque tú y yo, que siempre estábamos de quimera, no hemos tenido una desazon desde el dia en que ese niño vino á casa. Yo le pedia á Dios un hijo, porque el corazon me decia que habia de ser nuestro iris de paz, y Dios no quiso dárnosle; pero vino esa criatura, y, sin que yo pueda explicar el por qué, despertó en mí un sentimiento que destruyó mis re-

sabios y cambió mi carácter irascible en un carácter dulce y pacífico que nos hace á ti y á mí dichosos.

—¡Es verdad, Juanita, es verdad! exclamó el banquero conmovido estrechando la mano de su mujer.

—¡Si lo que tendrá ese niño será ansia de volver á su país, que eso será lo que él deseaba al principio?

—Hija, tampoco es eso: desde que sus padres le escribieron diciéndole que él era la única esperanza de su vejez, y volviendo al país no podría hacer por ellos ni por sí mismo, dice que está contento en Madrid.

—Pues es preciso llamar al médico que le vea, porque si le dejamos, cada vez estará peor. ¡Angelito! añadió Doña Juana volviéndole á llamar al niño.

Este abandonó como asustado su inmovilidad, miró nuevamente con inefa-

ble languidez hácia el norte y entró en el comedor.

—¿Que tienes, hijo mio? le preguntó Doña Juana con ternura, pasándole la mano por la cara.

—Nada, contestó el niño.

—¿Qué hacias en el balcon?

—Nada..... Miraba el sol.

—Anda, siéntate y toma chocolate con nosotros, dijo D. Juan.

—No tengo ganas.

—¿Pero qué tienes, hijo mio? ¿Qué necesitas? ¿No te quiero yo como tu madre?

El niño no contestó; pero sus dulces ojos se arrasaron de lágrimas y los de Doña Juana tambien.

—Mira, no te estés ahí en el balcon, que el sol te hará daño; baja á la oficina, no á trabajar, sino á distraerte por allí con tus compañeros.

El niño tomó la escalera que conducia á las oficinas.

A las tres subieron á comer D. Lucas y los dependientes mayores.

—¿Dónde dejais á Angelito? les preguntó Doña Juana.

—¿No está arriba?

—No.

—Allí estuvo; pero no le hemos visto despues.

—¡Virgen Santisima! ¿dónde estará esa criatura?

—Puede ser que esté acostado.

Doña Juana se apresuró á bajar al cuarto de Angel y halló á este acostado.

—Hijo mio, ¿qué tienes? ¿Estás malo?

—Sí señora, contestó Angel con voz débil.

—¿Qué te duele?

—No me duele nada; pero estoy malo.

—¡Rosendo! ¡Rosendo! Anda al instante por el medico, que está malo el niño, gritó Doña Juana desde la escalera.

Poco despues llegó el médico y pulsó al niño haciendo un gesto de mal augurio.

—¿Es cosa grave? le preguntaron con ansiedad Doña Juana y el banquero.

—Muy grave, contestó el médico. Este niño se muere..... y se muere muy pronto, añadió examinándole de nuevo.

El facultativo trató de aplicarle algunos remedios; pero ya eran inútiles: Angel abrió un instante sus hermosos ojos, cuyo brillo apagaba ya el soplo de la muerte, los dirigió á la estampa de Jesus crucificado, como expresando una inmensa gratitud, y los cerró en seguida para nunca mas abrirlos.

Todos prorumpieron en llanto menos D. Lucas.

—¿Y de qué ha muerto? preguntó este al médico, que anticipadamente había interrogado á la familia acerca de los padecimientos del niño.

—Ha muerto, contestó el facultativo, de una afección moral, á cuyo desarrollo debieron contribuir padecimientos físicos. Los niños son hombres en el sentimiento, y niños en la resistencia. Así Dios debe maldecir á sus opresores. Este niño ha muerto de la mas santa de las enfermedades: ha muerto de *Nostalgia*.

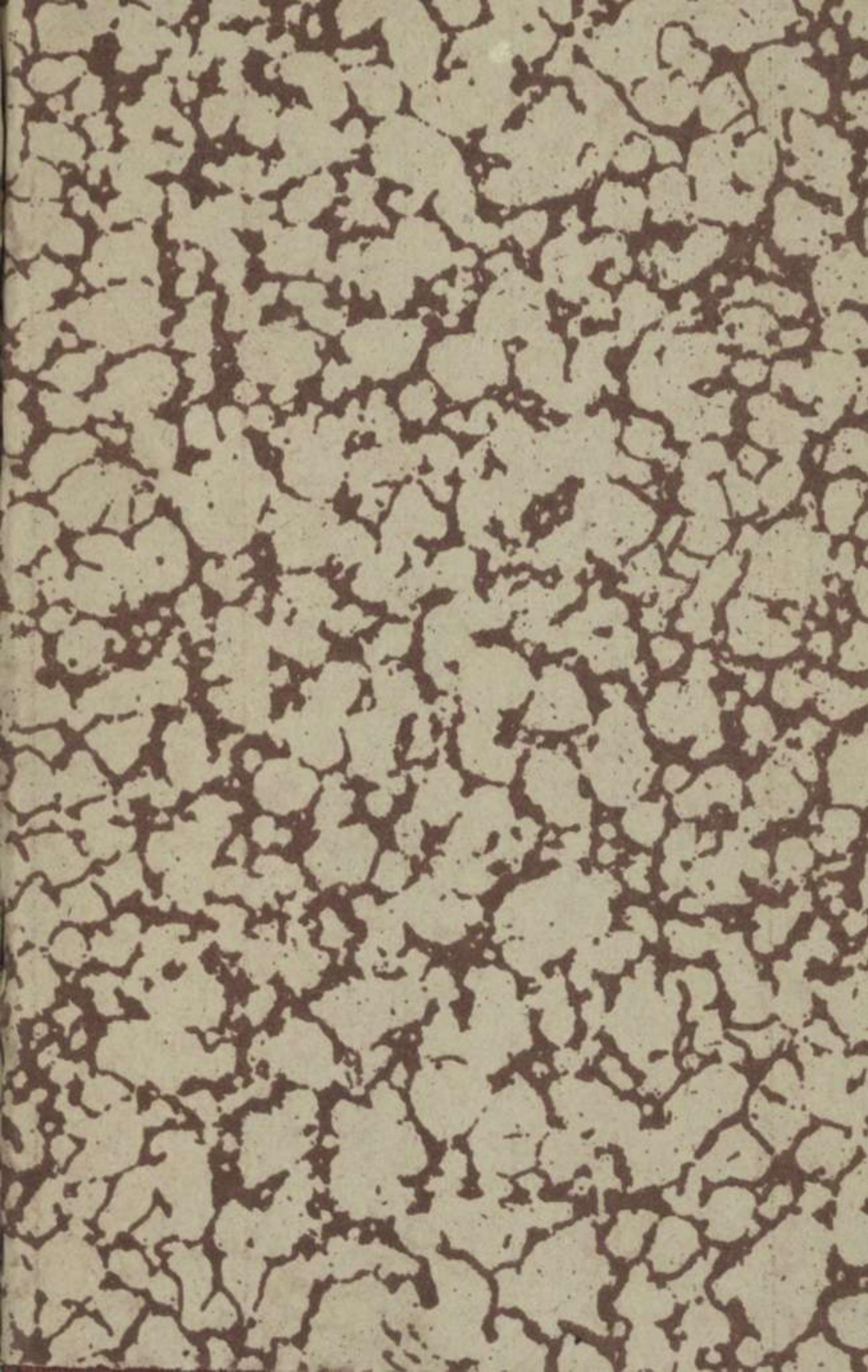
**FIN.**

BN (81)

16823

B/60/-





TR

NOS